

33º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MARCOS 13,24-32.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

-En aquellos días, después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los ejércitos celestes temblarán. Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo.

Aprended lo que os enseña la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán. El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.

PALABRAS DE VIDA ETERNA

El Evangelio de hoy, en las postrimerías del año litúrgico, al proclamar el fin del mundo nos encara con «*nuestro fin*», con el futuro absoluto. Y ese futuro, desconocido, es verdad, no está en manos de los hombres, sino en las manos de Dios. Pero este Evangelio del fin del mundo nos encara también a responder de «*nuestra existencia*», a elegir el camino a seguir en la vida. Y esta elección sí que está en nuestras manos.

Es necesario para ello un cierto «*discernimiento*». Distinguir entre lo absoluto y lo relativo. Distinguir qué cosas son las más importantes e imprescindibles y cuáles son las menos importantes y prescindibles.

Para el cristiano no hay más valor absoluto que Dios. Santa Teresa de Jesús, cuando decía «*Solo Dios basta*» o «*Para vos nací*» expresaba estupendamente esta convicción.

Para el cristiano, la persona no es, como piensan algunos filósofos «*un átomo irrisorio, perdido en un cosmos inerte y desmesurado, que sabe que su febril actividad, no es más que un pequeño fenómeno local, efímero, sin significación y sin sentido*» ni tampoco es «*producto de la más ciega y absoluta casualidad*».

Los cristianos creemos que en la raíz de la existencia no reina la soledad, la crueldad o el caos, sino el misterio de un Dios que se nos ha revelado en Cristo como destino final de la humanidad. Y con toda humildad así lo proclamamos. Nosotros creemos en el magisterio de Jesús y en este sentido, las palabras del pasaje evangélico de este domingo son tajantes «*cielo y tierra pasarán, más mis palabras no pasarán*».

Sin embargo, pocos son los que se escapan de haber caído en la tentación de poner su corazón y sus esperanzas en alguna de esas cosas que «*pasarán*». Y desde esta óptica, no podemos olvidar esas palabras de San Pablo, que contraponen el «*amor*» con otros valores de la vida de las personas.

«Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles que, si no tengo amor, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas que, si no tengo amor, no soy nada. Ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que, si no tengo amor, de nada me sirve»

Imposible mayor contundencia a la hora de distinguir lo absoluto de lo relativo, lo imprescindible de lo prescindible, *«distinguir el amor de otros valores y saberes»*. No se trata de menospreciar lo secundario, se trata de valorarlo como se merece, de ponerlo en su sitio, sin equivocar las cosas valorándolas como absolutas cuando no son absolutas.



Resulta curioso observar cómo cuando ocurre un fallecimiento, familiares, amigos y conocidos del difunto se deshacen en reflexiones sobre la brevedad de la vida y cómo nos desvivimos por cosas que, a la larga, no van a ninguna parte.

Son momentos en los que se hacen firmes propósitos de tomarse la vida de otra forma, de valorar las cosas importantes y dejar en un segundo plano todo lo demás.

Claro que, reflexiones y propósitos que en un momento llegan, en un momento se van y pronto todo vuelve a ser como antes. La ambición, el dinero, la comodidad, el capricho... resurgen y se olvida lo efímero que son todas estas cosas. Todo pasa, menos la palabra de vida de Jesús, todo, menos el amor, la entrega, el servicio al prójimo.

Estamos pues ante una elección de vida. Por un lado, Jesús, con sus palabras claras y sin paliativos y, por otro, nosotros, buscando excusas y justificaciones para poner nuestro corazón en esas cosas que pasarán, a cambio de pequeños logros pasajeros que de momento nos ayudan a ir tirando

Y para llevar a cabo esta elección es necesario ser conscientes de que las cosas que pasan, la fortuna conseguida, el éxito profesional, los viajes realizados, el record conseguido, el hobby favorito,... pueden ser, sin duda, experiencias positivas en la vida, actividades que incluso supongan importantes avances tecnológicos para la humanidad, pero que, por sí solos, no dan respuesta a los porqués y paraqués más profundos de la vida, al sentido último de la vida de la persona.

«Venimos de Dios y vamos hacia Dios». Sólo nos queda decidir *«vivir también con Dios»*, vivir su presencia y en su presencia. Y para ello, confiar en Jesús como camino de vida hacia Dios. No está de más recordar aquellas palabras dirigidas a Jesús por el apóstol Pedro *«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»*.

Levantar, pues, la vista del suelo, dejar de mirar a los lados y mirar al Cielo. *«Amar es lo único importante»*, lo verdaderamente importante. Y como Pedro confiar en Jesús, fuente de vida y salvación. *«Él sólo tiene palabras de vida eterna»*.

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

15 de noviembre de 2015